

PORTUGAL CONTEMPORÁNEO

La formación de la identidad nacional portuguesa como proceso histórico

JOSÉ MANUEL SOBRAL

PORTUGAL, bajo la forma de reino medieval, constituye una entidad política autónoma en la Península Ibérica desde el siglo XII. Formada en el contexto de la Reconquista, como los otros reinos peninsulares, escapó al proceso de centralización que vino a formar el moderno reino de España, a pesar de haber estado bajo el dominio de la monarquía de los Austrias entre 1580 y 1640.

Esta historia de una larga existencia como unidad política independiente fue uno de los elementos que sirvió de fundamento a cuantos vieron en esta la señal inequívoca de la existencia de una nación. La existencia de esa nación nunca fue puesta en causa a lo largo de los siglos de elaboración historiográfica y, principalmente, en el siglo pasado, el cual vio el nacimiento de la historiografía moderna. Todavía, la historia y la caracterización variaron. El gran historiador romántico Alexandre Herculano construyó una versión influyente de la génesis de Portugal, en la que el reino medieval surgía como el fruto de la estrategia de autonomía de los señores del Condado Portucalense y de los primeros reyes de Portugal frente a la dinastía castellano-leonesa de la que eran originariamente súbditos y familiares (Herculano 1980, 1846). La llamada tesis «política» de Herculano sería cuestionada a partir de la segunda mitad del siglo, cuando el factor étnico-racial era influyente como paradigma interpretativo de las nascentes ciencias sociales y de la historia. Como en otros sitios, se intentó llegar a comprender, en el plano étnico, las raíces de una identidad nacional anterior y superior, como vínculo, a las razones políticas y a las estrategias individuales y familiares de barones medievales. Se volvió, en ocasiones, a la prehistoria para definir una identidad nacional y se insistió incluso en el legado ariano, en un tiempo en que el mismo era identificado con superioridad en términos de civilización, pero la narrativa más destacada era la que veía en los portugueses a los descendientes de los Lusitanos que habitaban la Península Ibérica en el tiempo de su conquista por los romanos. Al proceder de este modo, los intérpretes decimonónicos no hacían más que retomar un viejo mito de los orígenes portugués, que había sido difundido a partir del siglo XV, y que Herculano había refutado expresamente (Leal 2000, Matos 1998: 315-350, Catroga 1998: 120-124 y 155-165).

Independientemente de las teorías, durante mucho tiempo existió el supuesto de una perennidad de la nación portuguesa. Perennidad medida en milenios, para los defensores de una lejana ascendencia portuguesa; medida en siglos para los que en la estela de Herculano, vieron en la misma un producto resultante de la existencia de una entidad política que ocupaba la mayor parte del occidente de la península. También se presuponía la homogeneidad de ese agregado social, fundamentado por esa identidad. En otras palabras, las diferencias sociales y culturales— e incluso religiosas, en el caso de los núcleos judaicos— no eran consideradas como cuestionamiento de la misma. La existencia de un territorio, identificado como un reino, reconocido por el papado en 1179, con una única lengua vulgar proveniente del latín y que es impuesta en la administración en la época medieval, con fronteras estables en la península desde el mismo período, con una tradición histórica propia, eran señales de esa misma existencia de la nación. Este hecho, como es obvio, nada tiene de específicamente portugués. Pertenece a un tiempo histórico en que el nacionalismo cultural y político impuso una representación de la nación como agregado preeminente y valorado como *natural* de las sociedades humanas. En palabras de Anthony Smith, se difundió la propuesta según la cual «el mundo está dividido en naciones, cada una con un carácter, historia, destino y territorio propios» (Smith 2001).

Los estudios sobre el nacionalismo y la nación se desarrollaron en este siglo, sin duda como respuesta a las manifestaciones de nacionalismo, entre las cuales los dos conflictos mundiales constituyen los ejemplos más espectaculares¹. Conocieron, en las últimas décadas, un gran incremento, en la secuencia, por un lado de la descolonización, y, por otro, de la constatación de que en zonas como la Europa occidental, que se suponían ocupadas por estados-nación sólidos, persistían aspiraciones nacionalistas. La disolución de la esfera soviética, al mostrar la persistencia de aspiraciones nacionalistas, también contribuyó para intensificar esa producción.

El caso portugués, todavía, permanece como uno de los menos conocidos. Desde nuestro punto de vista por dos tipos de razones. La primera, tiene que ver con el desconocimiento de la propia lengua portuguesa por los especialistas extranjeros, lo que les veda el estudio de Portugal. La segunda, que ya refleja la situa-

¹ Uno de los más significativos de los primeros textos analíticos sobre el nacionalismo, que trata del mismo como idea política, y no sobre la formación de naciones, es el clásico de Carlton J. Hayes de 1931.

ción interna, se relaciona con el hecho de ser extremadamente reducidas las publicaciones portuguesas que hicieron del hecho nacional un objeto específico de estudio. Este texto se propone abordar la problemática de la génesis de las naciones —y de su relación con el nacionalismo— haciendo una síntesis de esos trabajos y avanzando nuevos elementos para el estudio de la cuestión portuguesa. Al hacerlo, busca también contribuir para el debate científico desarrollado en las últimas décadas sobre estas problemáticas. Por eso, serán mencionadas algunas de las aproximaciones teóricas recientes más influyentes en su investigación, situando el caso portugués en el ámbito del debate mostrado por las mismas. Estas propuestas fueron escogidas también por reflejar todas, exclusivamente o no, el contexto europeo y/o accidental en que se integra la historia portuguesa.

II

Los dos principales trabajos sobre los problemas de la génesis de la nación en Portugal hacen referencia a los primeros siglos de existencia del reino: se trata de *Identificação de um país* (1985), de José Mattoso, y de *A Consciência Nacional Portuguesa* (1974), de Martim de Albuquerque. El primero tiene como límite cronológico los comienzos del siglo XIV, el segundo el siglo XVII. Tienen un carácter muy diferente. La obra de Mattoso constituye una historia multidimensional del período medieval portugués, en la que los factores geográficos, económicos, sociales, políticos y culturales son reunidos en una narrativa que pretende conjugar el análisis del modo en que se constituye objetivamente el «cuerpo material de la nación» (Mattoso 1985 II: 196), con la investigación de la difusión de la conciencia nacional. El trabajo de Albuquerque privilegia las ideas políticas, las representaciones literarias y las narrativas míticas cuyo estudio le permite distinguir la existencia de una «conciencia nacional portuguesa» (Albuquerque 1974).

Para José Mattoso, el estado, apoyado por la clase dominante, será el «motor efectivo de la unificación política» (Mattoso 1985 II: 13). Ese proceso, dirigido por una elite nobiliaria proveniente del norte, ocurre entre el siglo XI y el siglo XIV. Llegará a reunir en un territorio consolidado en el siglo XIII, con la destrucción del dominio islámico al Sur y la fijación de fronteras, elementos dispares en términos económicos, sociales, religiosos y culturales. El autor concibe, así, el proceso de unificación como resultando del control de un determinado espacio progresivamente estructurado por la movilidad de los contingentes humanos —migración en el sentido Norte/Sur— por los flujos económicos que lo consolidan, por la acción de una monarquía que se fortalece a lo largo de los si-

glos, por el dominio de una clase señorial, por la acción del clero. Esa acción unificadora se detecta en el apareamiento, a partir del siglo XIII, de lo que el autor designa como «área económica nacional», cuando el monarca impone su moneda como única en las transacciones, uniendo este factor a la definición de una frontera que establece una separación entre lo que es propio y lo que es extranjero. Es del mismo siglo la imposición del uso de *romance* —la lengua vulgar, proveniente del latín— por la chancelería real. Los elementos que más se distinguían de los núcleos del Norte serán asimilados o perseguidos —tal es el caso de los mozárabes y moros—, proceso que, en el caso de los judíos, llegará a culminar en el siglo XIV (1496) con su expulsión o conversión forzada. La religión de los conquistadores se impone, con la prohibición del rito hispánico (de los mozárabes).

Si estos son algunos de los principales fundamentos de la unificación y de la individualización de un reino en el contexto ibérico, la emergencia de un nombre —*Portugal* para designarlo— y de un nombre para denominar a sus habitantes —portugueses— ya constituyen elementos definidores de su identidad. Esa identidad será también definida por un mito específico del reino, el llamado «Milagro de Ourique», sólo cuestionado definitivamente en el siglo XIX, que ligaría monarca y reino a los planos de la Providencia Divina. De acuerdo con esta narrativa mítica, Cristo habría aparecido al primer rey de Portugal en la víspera de un combate con cinco reyes moros. En una versión del siglo XIV, le habría prometido la victoria, dándole al mismo tiempo como armas su cruz, sus cinco llagas y las treinta monedas por las cuales habría sido vendido por el traidor Judas (Albuquerque, 1974: 340). Esos símbolos fueron los de las armas del reino.

El nombre del reino y de sus habitantes, la narrativa mítica —que llegará a ser la narrativa de un pueblo elegido por la providencia divina²— la moneda, la propia figura del monarca se transforman en símbolos identificadores de un colectivo. La monarquía es el centro del proceso de creación de lo que el autor denomina como «consciencia nacional». El clero más ligado a la curia real es su propagandista por excelencia. A principio del siglo XIV ya existe esa consciencia, pero esta se refiere apenas a una minoría. Para Mattoso, hasta 1325, la consciencia nacional [sentimientos de pertenencia] es todavía incipiente, mientras la noción de «identidad nacional» —en su entender, la unidad política fijada por la exis-

² La concepción de un pueblo elegido, investido con una misión providencial, estudiada en el caso portugués, entre otros, por Albuquerque (1975: 340-373), es considerada como elemento fundamental de la supervivencia de las identidades étnicas por Anthony Smith (1999: 125-147).

tencia de un poder ejercido sobre un espacio delimitado por las fronteras y sus habitantes— ya se encuentra claramente definida desde la primera mitad del siglo XIII. Por eso, en su opinión, la nación como factor objetivo existe, pero la consciencia de su existencia apenas se hace sentir en el seno de una minoría próxima al poder, la cual la difunde (Mattoso, 1985 II: 208-212). Entretanto, el mundo rural continuaría a ver todavía en el rey un señor, en el sentido feudal del término³.

La obra de Martim de Albuquerque posee un ámbito temporal distinto de la que acabamos de resumir, pues pretende documentar la emergencia de una «conciencia nacional» hasta el siglo XVII —período del colapso de una unión dinástica bajo la monarquía de los Austrias. Tiene en común con la anterior el hecho de ver en la emergencia de esa «conciencia nacional» el producto de un proceso iniciado con la separación del nuevo reino de la órbita de León y Castilla, proceso ese que parte de la monarquía —y de círculos letrados que le son afectos— para legar a alcanzar el conjunto de la población en la última fecha. No repetiremos elementos que son comunes o concordantes con los de Mattoso. Entre los más importantes que coloca en evidencia están las referencias escritas a la sangre y a la tierra (portuguesas), las cuales asumen frecuentemente formas de sentimiento religioso; al hecho de la defensa del «reino y de la nación» asumir obligaciones de casi guerra santa, ligada a la idea de cruzada; la divulgación del tópico procedente de la antigüedad romana de la «muerte por la patria» (*pro patria mori*), para designar la muerte del reino (Albuquerque 1974: 67-79)⁴.

En los siglos XV y XVI Portugal comenzará a ser concebido como una patria, designación polisémica que vendrá a abarcar el sentido de un «estado territorial nacional».

³ Para Mattoso, la idea de «reino», «como sustantivo que designaba a los ciudadanos como un todo» fue «un complemento importante de la identidad nacional», aunque destaque que, para las clases populares, podía implicar tan sólo una noción territorial (Mattoso 1998: 24-25). La medievalista británica Susan Reynolds refiere la existencia en los reinos medievales de Europa de sentimientos de solidaridad y de lealtades que ultrapasan horizontes locales, para tener como referente el reino, solidariedades estimuladas por el conflicto; y que se entendía que «(...) un reino nunca era pensado meramente como un territorio por casualidad gobernado por un rey. Comprendía un «pueblo» (*gens, natio, populus*) a quien correspondía, al cual se le suponía ser una comunidad natural y heredera de tradición costumbre, ley y descendencia»; cfr. Susan Reynolds (1997[1984]: 250). Refiero aquí estos elementos como información comparativa, no como algo que sustituya la investigación del caso portugués.

⁴ La importancia de este tópico formado en la antigüedad en el pensamiento político medieval fue destacada en un célebre estudio de Ernest Kantorowicz (1984[1951]).

La expansión ultramarina y la transformación de Portugal en un imperio comercial serán acompañados por la creación de una «imagen nacional» distintiva, que exaltaba el territorio y a sus habitantes (Saraiva y Lopes s.d.). Se enaltece la lengua, cuya gramática se estudia, el paisaje —mientras el territorio es también estudiado—, referente de emociones, como el amor a la tierra, la historia. Se crea la vinculación de los portugueses a los lusitanos desde el siglo xv. El producto más celebre de este proceso será el poema épico *Os Lusíadas*, de Luis de Camões, una exaltación de los hechos colectivos portugueses, que tuvo desde su publicación un a enorme recepción (Saraiva y Lopes s.d.: 348-354 y 474; Albuquerque: 256-261) y que se transformaría, hasta nuestros días de hoy, en poema *nacional* de los portugueses⁵.

La unión de Portugal con los restantes reinos ibéricos bajo los Habsburgo llevó, no obstante al bilingüismo —con el castellano— de los principales escritores, y principalmente de Camões, al florecimiento de una literatura defensora de la especificidad y de la grandeza de lo que decía respecto a Portugal (Cidade, 1950).

Los conflictos en que se involucró el reino de Portugal son cruciales para entender la formación y la posible diseminación de identificaciones con un colectivo nacional. Nos dá igualmente acceso al comportamiento popular, evidentemente interpretado por las fuentes letradas. Las guerras con Castilla y, en particular, las que tienen lugar después de la muerte del rey D. Fernando, en 1383, tienen sido interpretadas como denotando la existencia de sentimientos nacionales indisociables de la hostilidad al castellano. Fueron desencadenadas por la disputa sucesoria debida al hecho de que la única hija legítima del monarca difunto estaba casada con el rey de Castilla. El rey fallecido poseía tres hermanos bastardos, uno de los cuales —D. Juan— asumió rápidamente el control de Lisboa y, después de una guerra de algunos años, fundó un nueva dinastía.

Los acontecimientos fueron narrados por Fernão Lopes. Este escribió algunas décadas después y, como cronista, estaba al servicio de la nueva dinastía. La lucha por la sucesión ha sido interpretada de forma distinta. Pero no se ha negado valor histórico a su relato de los sucesos, donde se destaca el apoyo popular y

⁵ El día señalado como el de la muerte del poeta —10 de junio— fue, bajo el *Estado Novo* de Salazar, conmemorado como *Día da Raca*. después del 25 de abril, pasó a ser conmemorado como *día de Camões, de Portugal e das comunidades Portuguesas* —se abolió la incómoda alusión a una raza portuguesa y se modificó la celebración de la expansión imperial, inherente al poema, en celebración de la diáspora portuguesa en el mundo. El sentido nacionalista de tal conmemoración se mantuvo.

de la burguesía —entre la población urbana de Lisboa y, después, diseminado por todo el territorio—, bien como de parte de la nobleza (hijos segundos, bastardos) a D. João, y el apoyo de muchos miembros de la gran nobleza y alcaides de castillos a los reyes de Castilla. En cuanto a las expresiones usadas por el cronista, si no se pueden considerar como una expresión directa de la experiencia del conflicto, debe tenerse en consideración que eran por lo menos inteligibles —esto es, dotadas de sentido— en el momento en que escribía (pocas décadas después de los acontecimientos).

Los escritos de Lopes denotan la existencia de un fuerte anti-castellanismo popular, expresado en apoyo a D. João, en el asesinato del obispo castellano de Lisboa por amotinados, en el modo en que la propia población rural apoya al ejército de D. João. Surgen en ellos expresiones como el *amor a la tierra* y la *inclinación natural* para explicar las adhesiones a su causa, el *Evangelio Portugués* —es presentado como anti-natural el hecho de los portugueses luchar entre sí (Lopes, 1990 [siglo xv] 133-134; 340). Para el principal estudioso de Lopes, tanto el nombre del reino-Portugal—, como el nombre colectivo de *Portugueses*, indican la identificación de una entidad social territorializada. En el texto aparecen «estereotipos identitarios», surgiendo los castellanos identificados con la mentira (Saraiva, 1965; Saraiva, 1993; 231). Castellanos que eran presentados como miembros de una *nación contraria* (Lopes, 1990:28). El propio conflicto se había revestido de una dimensión religiosa, pues los castellanos eran vistos como «cismáticos», debido a su apoyo al papa de Aviñón (ibíd., 30). También como consecuencia de este mismo conflicto, Santiago, invocado por los guerreros cristianos en la reconquista, fue sustituido como santo patrono por San Jorge, debido a la influencia inglesa, materializada en el apoyo dado por el duque de Lencastre, João de Gand (Albuquerque, 1974: 351). Se trata de un dato significativo de la separación de Portugal de la órbita castellana.

El período de dominio de los Habsburgo fue también atravesado por algunos conflictos, pues desde el inicio sectores de la población no aceptaban el gobierno por un rey extranjero. Podemos ver una manifestación de este rechazo en la persistencia de la creencia en el regreso del rey Sebastián, una variante local del mito del soberano muerto o desaparecido que debería regresar⁶. Su fin

⁶ Según Norman Cohn (1972 [1961]: 75-134), el mito mesiánico del emperador —o señor— que habría muerto y habría de resucitar, o que estaba escondido y había de regresar para hacer triunfar una orden verdaderamente cristiana, surge en la edad media en torno de figuras como Carlomagno, el conde de Flandes que fue emperador de Constantinopla o Federico II. Destacar que, más allá

en Marruecos, en la batalla de Alcacer-Quibir, no fue aceptado por determinados sectores de la población, que no se restringían a las clases populares. Por eso, hubo una elaboración profética entorno de su desaparecimiento y se previó su regreso. Hubo individuos que se identificaban como el monarca, pero estas manifestaciones, de alcance limitado, fueron rápidamente extinguidas por el poder. La expectativa mesiánica del sebastianismo, a pesar de todo, se mantuvo, siendo incluso posteriormente objeto de transferencia para la nueva dinastía nativa, la de los Braganzas (Azevedo, 1947 [1918]).

Mayor significado tuvieron los motines que se desarrollaron en los últimos años de vigencia de la unión dinástica. Levantamientos antifiscales, poseían un cariz xenófobo, antiespañol (Oliveira). Sus protagonistas son populares —lo que significa en particular que los cabecillas y participantes no pertenecen a la nobleza. En los más conocidos —las llamadas alteraciones de Evora—, la gran aristocracia, y entre ella la casa de Braganza, participa conteniendo el ímpetu popular. La pérdida del reino de Portugal por Felipe IV fue desencadenada por una conspiración animada por algunos nobles y juristas, que triunfó en Lisboa y colocó en el trono al duque de Braganza, representante de la más importante casa aristocrática portuguesa y descendiente, como los Habsburgo, de la antigua dinastía nativa. Por otro lado, el éxito de la rebelión sólo fue posible, mas allá de la coyuntura favorable —dificultades de la monarquía ibérica, en especial con el combate al levantamiento de Cataluña— por existir apoyo popular al nuevo poder. Este permitió la manutención de una larga guerra (casi tres décadas), que representó un enorme sacrificio, en términos humanos y fiscale, para las camadas populares, hostiles al español (Meneses, 1679).

A principios del siglo XIX, el territorio portugués fue de nuevo ocupado —por un ejército franco-español—, habiendo huido el rey y la corte para Brasil, para evitar ser hechos prisioneros del poder napoleónico. Los franceses, entretanto ocupados en afrontar la sublevación española, tuvieron que hacer frente a lo que algunos historiadores designaron como levantamiento o revuelta nacional (Valente, 1979: Neves, 1810-11). En este las clases populares —como el bajo clero, por ejemplo— tuvieron un papel activo. En el odio al jacobino, al extranjero, estaban mezclados sentimientos de hostilidad social para con los grupos dominantes, revistiéndose algunas veces carácter antisemita. Su carácter *nacional* no parece estar en duda, testimoniando una identificación con un colectivo que

de estar asociado a expectativas de transformación social, también surge identificado con determinados colectivos de los que era soberano, como sucede con el rey de Portugal.

habita un territorio, posee una determinada religión— siendo los franceses vistos como enemigos de la misma— y está sometido a un determinado poder, personificado en la persona del rey (ausente), simbolizado en sus armas y bandera. Con respecto a esto último, es necesario hacer referencia a los motines que estallaron en Lisboa, cuando los franceses sustituyeron la bandera del reino por la suya.

Subrayese, por otro lado, sin embargo, que el hecho de que tanto los conflictos externos, de los que aquí hablamos, como, de otro modo, los internos, no ponen en causa la existencia de una entidad [nacional] ha sido presentado como un criterio para valorar el éxito de los procesos de construcción de la nación (Bloom, 1990: 58).

III

Una de las divisiones fundamentales —para algunos la división fundamental (McCrone, 1998: 16)— ente los estudiosos de la temática nacional se da entre los que ven en las naciones sobre todo un producto reciente de la historia humana y aquellos que ven en ellas el resultado de procesos anteriores a la época contemporánea: en términos sencillos al siglo XVIII. Restringiéndonos a las dos últimas décadas, encontramos entre los primeros a Ernest Gellner, Eric Hobsbawm, Michael Mann y Benedict Anderson; entre los últimos Anthony Smith, Adrian Hastings y Josep Llobera. Es difícil resumir estas propuestas, sin simplificarlas en exceso, pero es imprescindible para nuestros propósitos de situar el caso portugués en el ámbito del debate teórico.

Gellner, para quien la existencia del estado es anterior a la nación, ve el nacionalismo como el producto del impacto del industrialismo en las sociedades que designa como agro-letradas. En estas, que él llega a identificar como la «Edad Media agraria», habría una fuerte segregación entre las elites militares y las burocráticas en la cima y las comunidades de productores, separadas entre sí, en la base. Constituirían estados pero no naciones. Habría, hecho muy importante, una enorme separación cultural y religiosa: incluso a nivel religioso, existiría una distancia entre las prácticas de la elite, más próximas de los textos sagrados, y las de la masa, a la que generalmente es dado el nombre de «religión popular». Con la industrialización tienen lugar modificaciones radicales. Esta trae consigo una mayor movilidad, con el fin de los universos locales aislados, el derrumbe de barreras estatutarias, el desarrollo de una cultura común, necesaria a la producción de los saberes estandarizados necesarios exigidos por la actividad industrial, a través de un sistema de escolarización de las masas. En

pocas palabras, con el industrialismo se creó una mayor homogeneidad, en virtud del impacto del industrialismo no haber tenido lugar simultáneamente en todos los sitios, lo que despertó conflictos entre los primeros y los últimos a recibirlo; tal hecho conduciría a los insatisfechos, por ser distintos culturalmente, a crear nuevas unidades políticas destinadas a su protección en los planos económico y político.

Las nuevas unidades políticas tienen como soporte realidades políticas y culturales anteriores, cuyo papel es relevante tanto en términos de construcción de la homogeneidad interna como de diferenciación frente al exterior. El proceso de desarrollo industrial, con su impacto diferenciado, produciendo desigualdades y discriminaciones, podrá conducir a la reivindicación nacionalista y a la formación de naciones (Gellner, 1983: 73-75). Con el industrialismo surge el estado-nación, «(...) esta nueva y definitiva unidad política» que «(...) adquiere una importancia enteramente nueva y considerable, estando ligada (como raramente ocurrió en el pasado) tanto al estado como a la barrera cultural. La nación es ahora supremamente importante, gracias a la erosión de subgrupos [de parentesco, locales o subgrupos privilegiados cerrados, por ejemplo] y a la importancia de una cultura compartida dependiente de la escrita» (ibíd., 63).

Gellner insiste en el carácter moderno de la nación y del nacionalismo (Gellner 1998: 13), a pesar de subrayar la importancia de factores sociales y culturales anteriores al inicio de la industrialización. Por otro lado, destaca el hecho de ser el nacionalismo, a través de una elaboración selectiva de materiales anteriores y del recurso a la invención, quién engendraba las naciones, y no al contrario (Gellner 1983: 55-56). En la obra que venimos citando admitía excepciones a su teoría —los estados dinásticos medievales de la margen atlántica de Europa que corresponderían, genéricamente, «por accidente» a una lengua y a una cultura (ibíd., 39-40). Estas excepciones crecerían en una obra póstuma, donde refiere, entre otros ejemplos, que la correspondencia entre zonas lingüístico-culturales y estados dinásticos —especialmente los situados en Londres, París, Madrid y Lisboa— se había procesado antes de la emergencia del nacionalismo (Gellner 1998: 51) y que había zonas —genéricamente Italia y Alemania— donde, a pesar de no haber estado propio, ya había culturas nacionales. Sin embargo, afirmaba mantener en lo esencial sus posiciones, y, a pesar de reconocer la existencia de núcleos antiguos en algunas naciones, encontraba que en la mayoría de los casos esos núcleos eran el producto de invenciones (ibíd., 96).

Las posiciones de Eric Hobsbawm son, en general, coincidentes con las de Gellner, en lo que respecta al cuadro económico en que surgen el nacionalismo y la nación. Y también él piensa que

sólo tiene sentido hablar de la nación y del nacionalismo en la medida en que ambos fenómenos se relacionarían con el estado-nación. Para el «(...) Las naciones no hacen estados y nacionalismos, lo contrario es lo verdadero» (Hobsbawm, 1994: 9-109. Esta idea de la creación de naciones por estados y por el nacionalismo se relaciona con la problemática de «la invención de tradiciones», de la que fue uno de los introductores (Hobsbawm y Ranger 1983). Apunta como momento clave el siglo XVIII, debido a las revoluciones como la francesa y la americana —seguidas de otras, en el siglo XIX, que colocaron como principio de legitimidad política la nación, y elaboraciones conceptuales, como las debidas a Herder, en torno de la importancia de la organización de las sociedades en agregados definidos como naciones. Si Gellner se había limitado a subrayar la existencia de elementos anteriores a la génesis de la nación que entraban en la elaboración de la misma, Hobsbawm los analiza con mayor detalle y les confiere el estatuto de *proto-nacionalismo popular*. Son sentimientos de unión a un territorio —como la de los cosacos en relación a la *Santa Rusia*, centro de la religión verdadera, la cristiandad Ortodoxa— a una lengua, a la etnicidad e a la religión. Sin embargo, ninguno de estos elementos por si solo creará naciones. Incluso, para citar el caso de la etnicidad, cuando se trata de poblaciones fuertemente homogéneas como las de China, Corea y Japón.

La importancia del proto-nacionalismo también fue referida por Michael Mann, que vé en el estado un factor crucial en la génesis de las naciones y del nacionalismo. Este distingue dos fases «proto-nacionales», la religiosa y la comercial-estadista. La primera procede de la Reforma y de la Contra-Reforma y de la identificación entre lenguas, filiación religiosa y regiones; la segunda está ligada al desarrollo de los intercambios comerciales y sobre todo al del estado, en guerra casi constante entre los siglos XVI y XVIII.

Sin embargo, ese proto-nacionalismo no conduciría por si solo a la formación de naciones. En la primera fase, permanecerían débiles los vínculos entre lengua, iglesia y estado, no siendo este suficientemente fuerte para poder constituir un foco de identidades. En la segunda fase, a pesar de haber una difusión y delimitación de identidades sociales provocada por la expansión del capitalismo comercial y de la actividad bélica, tal proceso continuaría poseyendo un carácter restringido. El capitalismo, las iglesias —la católica, naturalmente, pero también algunas iglesias protestantes— y la cultura de la clase dominante continuaban en posesión de un carácter transnacional. Mientras tanto, el impacto de la militarización del estado se hace sentir por las vías de la movilización y de la presión fiscal, derivadas del hecho de que los estados anteriores al siglo XVIII estaban envueltos en una actividad bélica casi constante. El estado se volvió cada vez más presente en la vida de

las poblaciones, mobilizándolas para sus fines (Mann, 1994: 4). La exención fiscal, en virtud de hacerse sentir de modo desigual, podía conducir a la resistencia y a la revuelta, enunciadas en términos de reivindicación democratizante, llevando a la exigencia de la ciudadanía política para el pueblo y para la nación. Las naciones surgen con consciencia de su existencia y emergen de la lucha por un gobierno representativo que resulta inicialmente de las presiones del militarismo de estado. Las comunidades étnicas regionales-locales tendrían, sin embargo, su papel en la producción de recursos para la movilización política y, en países como Gran Bretaña, la existencia de una lengua y de una religión mas o menos compartidas habrían contribuido para poner en evidencia la protesta en la nación (ibíd., 3).

La tesis de Benedict Anderson es distinta de las anteriores. Para él, las naciones habrán sucedido, en Occidente —donde todos estos autores acaban por localizar la emergencia del hecho nacional— a las antiguas comunidades representadas por la religión y por los estados dinásticos. Su apareamiento tiene como presupuesto la disolución de los vínculos que unían la dimensión sagrada a una determinada lengua— con el latín en el caso de la cristiandad—, volviendo posible la traducción del texto sagrado en lenguas vernáculas, bien como la anulación de la distancia que separaba los centros del poder, como los monarcas sacralizados, del común. En otras palabras, necesariamente simplificadoras, la lengua usada para difundir el mensaje religioso podía ser la de un colectivo mas amplio del que una casta sacerdotal y las figuras del poder se aproximaban de otros miembros del colectivo. Para Anderson, lo que volvió posible imaginar las nuevas comunidades fue el encuentro entre capitalismo y tipografía. El libro habrá sido la primera mercancía a ser masivamente producida y las novelas y periódicos habrían tenido una contribución esencial en el proceso de imaginar la nación. En efecto, ambos permitían articular entre sí, en una misma temporalidad, el tiempo transversal, eventos, personajes y situaciones separadas en el espacio. La nación es definida como *comunidad imaginada*, pues, siendo constituida por individuos que no se conocen, vive en su imaginación (Anderson, 1986 [1983]: 15).

En términos amplios podemos decir que todas estas interpretaciones colocan la emergencia de las naciones en los últimos tres siglos, aunque con algunas variaciones. Con todo, los autores que abordaremos sintéticamente en seguida proponen una visión de esta problemática bastante distinta, insistiendo en la importancia de elementos pre-modernos (anteriores al siglo XVIII) en el apareamiento de las naciones y del nacionalismo, o incluso admiten que la nación es ya una realidad en la época medieval.

Para Anthony Smith, a pesar de que la nación es una realidad moderna, ella fue precedida por la existencia de etnias. Una *etnia*

es definida por la posesión de «un nombre propio colectivo, un mito de una ancestralidad común, memorias históricas compartidas, uno o más elementos culturales comunes (lengua, religión, costumbres...), una asociación con una «tierra natal» específica, un sentido de solidaridad para sectores específicos de la población» (Smith, 1991: 21). Como el autor afirma, esta definición se refiere a un *tipo ideal*: cuanto más una población se aproxima de estos atributos y cuantos más posee, más se aproxima del mismo. Por encima de esto, aunque estos atributos sólo sean claros para minorías y la importancia de cada uno de ellos pueda variar en el tiempo, el autor piensa que incluso así se puede hablar de la existencia de comunidades étnicas. Por último cabe señalar que las etnias no constituyen algo fijo o inmutable. Por el contrario, tienen un carácter cambiante, emergen y pueden desaparecer. Se detecta la existencia de etnias en varios momentos de la historia humana, siendo los judíos un caso significativo (por su larga duración y supervivencia). Estarían en ese caso los reinos medievales que configuraron la Europa medieval, algunos de los cuales desaparecieron— como el reino de los borgoñones.

La *nación* es definida como «(...) una determinada población humana que habita un territorio histórico y que comparte mitos y memorias históricas comunes, una cultura pública y de masas, una economía común y los mismos derechos y deberes legales para todos sus miembros (Smith, 1991: 43). Como el autor subraya, se trata de una definición bastante modernista, que lleva a hablar tan sólo en naciones para el período histórico de los últimos dos siglos. Del mismo modo, al definir el *nacionalismo* como el «(...) movimiento ideológico que busca alcanzar y mantener la autonomía, unidad e identidad para una población que algunos de sus miembros piensan constituir en una nación, actual o potencial» (ibíd., 73), está a situar su emergencia en los últimos siglos⁷. Sin embargo, Smith, no aleja del todo la posibilidad de la existencia de naciones y de cierto tipo de nacionalismo (religioso anteriormente— como en el caso de los judíos de la Antigüedad (ibíd., 50).

Sin embargo, el dato más relevante de su propuesta consiste en el hecho de revalorizar los elementos étnicos o étnico-simbólicos en la formación de las naciones — y en la génesis del propio nacionalismo — y de suministrar indicaciones en cuanto a ese proceso de transformación. La transformación de las etnias en naciones modernas sigue por diversas vías: «(...) una vía de la in-

⁷ Asumimos en estos ensayos las definiciones de nación y —en parte— de nacionalismo de Anthony Smith, por eso las transcribimos. Como se sabe, uno de los problemas del estudio de estas cuestiones reside en la ausencia de acuerdo en cuanto a su definición.

corporación burocrática por la cual las etnias aristocráticas pueden forjar estados sólidos e incorporar regiones periféricas y clases subordinadas en su propia cultura y simbolismo; la de la movilización vernacula, en la que una *intelligentsia* indígena usa la cultura popular para movilizar los estratos medios y bajos y crear naciones étnicas; y, finalmente, hay una vía inmigrante —colonial en la la etnia parcial es reforzada por ondas de otros colonizadores pioneros, creando todos en conjunto una nación y una cultura inmigrante plural o poliétnica» (Smith, 1998: 194; 1999: 18).

Los estados dinásticos medievales —comunidades étnicas de las cuales surgieron las primeras naciones, que después sirvieron como modelo en otros espacios— se transformaron en realidades nacionales a través de revoluciones en las esferas de la administración —centralización, homogeneidad jurídica— y económica —incremento de los mercados, urbanización, desarrollo de la burguesía, articulación entre el estado y la economía—, bien como el desarrollo del funcionarismo y de los estudios universitarios y de una cultura profesional y urbana. Refiere, entre esos casos, Inglaterra, donde un estado étnico inglés se sobrepuso a etnicidades anteriores, como la anglo, la sajónica, la normanda y la juta —y mas tarde se transformaría en nación. La centralización administrativa, la delimitación de fronteras, la afirmación de una lengua propia, la consolidación en términos de identidad asociada a conflictos prolongados con el reino de Francia, los Galeses y los Escoceses, llevaron a la solidificación étnica en el estado inglés (ibíd., 55-57). Destaquese que, como se ve por este ejemplo, en el proceso de creación de la nación el estado desempeña un papel crucial, al que se juntan el de la guerra el de la religión organizada —a este último respecto, cabe añadir casos en que la religión sirvió como elemento distintivo de comunidades étnicas(nacionales(el presbiterianismo en Escocia y el catolicismo en Irlanda, frente a la dominación inglesa). Se trata de elementos enfatizados por Smith (ibíd., 55-57).

La reivindicación de la importancia de la etnia —definida como un colectivo cultural que comparte una lengua hablada— es destacada también por Adrian Hastings. Un dato interesante de su perspectiva reside en el hecho de dar un relieve particular a la Biblia en la imaginación de las naciones. El texto sagrado proporcionaría una concepción del mundo como «sociedad de naciones» y suministraría a través del ejemplo de Israel, un modelo ideal de nación, como unidad de personas, lengua, religión, territorio y gobierno que podría ser retomado por otras formaciones culturales (ibíd., 2-3, 18). Hastings también llama la atención para el hecho de que la designación *nacionalismo* pueda tener sentidos distintos. Uno, el de una teoría política, que defiende que una nación debe ser autónoma y poseer un estado propio —es el sentido más

evocado, que emerge, para el autor en el siglo XIX. El otro, se aplica al conjunto de sentimientos particularistas y etnocéntricos de exaltación afectiva de un colectivo: este es detectable mucho antes, encontrándose en la sociedad medieval (ibíd., 4-8). Hastings también atribuye un papel destacado al estado —y al ideal del estado-nación—, pudiendo las naciones formarse a partir del estado, pero pudiendo ser anteriores a la existencia del mismo. La existencia de una lengua vernácula ampliamente difundida es, para el, el elemento fundamental de la etnicidad que concurre para la formación de la nación; el conflicto externo puede tener igualmente un papel destacado.

La interpretación de Josep Llobera sobre la génesis de las naciones está muy próxima de la de un Anthony Smith y de un Hastings, a pesar de que prefiera usar el término de la época medieval nación, no obstante su pluralidad de significados, para denotar las realidades a las que ambos llaman etnias. La nación es algo perteneciente a la antigüedad y emerge en la Europa medieval, a pesar de que el autor encuentre relevantes instituciones, reales o imaginarias, heredadas del período romano como la idea de *Imperium* o divisiones administrativas. Los sentimientos de «identidad nacional» están restringidos a un número reducido de personas (Llobera, 1994: 58). Así en el caso de Francia, por ejemplo, se asiste con los Capetos a la consolidación de una «comunidad imaginada», de la que forman parte la reelaboración de tópicos carolingios como el de la superioridad de los Francos, mitos de origen, narrativas en que Francia es presentada como protectora de la Cristiandad. La ampliación del estado —englobando principalmente las regiones de la periferia culturalmente diferentes— sería acompañado por elaboraciones religiosas y simbólicas, como el culto de los santos (uno de ellos rey, S. Luis), la exaltación del territorio y de la lengua ligados a la idea de Francia, de símbolos como la flor de lis, etc. (ibíd., 52-55).

Este ejemplo será suficiente para entender la perspectiva de Llobera. Las naciones [en Europa occidental] tienen una larga historia —cristalizarían alrededor de 1300 (ibíd., 79-80). Lo que es moderno acerca de la nación, según Llobera, no es el hecho de existir como «visión imaginativa» elaborada por letrados y muchas veces, en la órbita del poder real. Antes que su potencial como creencia de masas es el hecho de la nación pasar a ser, a partir de la revolución Francesa, el más importante fundamento de la legitimación del estado, mientras que anteriormente sería sólo uno de ellos (ibíd., 192).

No se pretende hacer en este contexto una exposición crítica de las teorías evocadas. No hubo ninguna pretensión de exhaustividad, ni aquí habría lugar para ello. Además el lector puede encontrarlas en otros locales, que le proporcionan el acceso a la

enorme bibliografía sobre el tema (Smith, 1998; Özkrimli, 2000; Leoussi, 2001). Sin entrar, por tanto, en un examen detallado de las teorías, es necesario señalar reumidamente algunas de sus limitaciones o, caso contrario, de sus virtualidades en función, principalmente, del propio caso portugués. La teoría de Gellner, tan influyente en el campo del debate de estos problemas, se revela francamente deficiente. Por varios motivos, que radican, en gran medida, en la ausencia de consideración hacia la historia de las sociedades. Sus sociedades agro-letradas, por ejemplo, abarcan sociedades distintas, de la Edad Media al siglo xvii, donde tienen lugar procesos decisivos para la génesis del hecho nacional (capitalismo comercial, estado absoluto, etc.). además, en virtud de Portugal apenas haber recibido el impacto pleno de la industrialización (y el de la escolarización de masas, etc.) ya bien entrado el siglo xx (Lains, 1995),, permaneceríamos sin entender como sería posible la aceptación de la nación como un hecho natural mucho antes. Pero, como se vio, el propio admitía que el caso portugués constituía una excepción a su teoría: excepciones que a nuestro entender, le niegan validez. Elementos de mayor consideración merecen las tesis de Hobsbawm y principalmente la problemática del protonacionalismo popular, a pesar discordemos absolutamente de la discontinuidad que establece entre esos fenómenos y la nación y el nacionalismo posteriormente al siglo xviii. En cuanto a Michael Mann, merece ser tenida en consideración la importancia dada al papel del estado y el modo como, al abordar el protonacionalismo, el autor confiere algún papel a las comunidades étnicas. De Benedict Anderson, conviene prestar atención en nuestro entender, a la importancia que le concede al impacto de la conjunción entre capitalismo y tipografía en la producción de la imaginación de la nación, bien destacable en el caso portugués, como en otros. Sin embargo tanto Mann como Anderson, aunque de un modo distinto, continúan localizando en el siglo xviii el nacimiento de las naciones, desvalorizando — en el caso del primero— o no tomando en debida consideración realidades étnicas— o nacionales— anteriores. En el análisis de Anderson, en particular, está ausente la dimensión como proceso del hecho nacional.

Se defiende aquí que el caso portugués, ni irreductiblemente singular, ni modelo que pueda sin precaución generalizar, se ajusta a interpretaciones —como, de modo diferenciado entre sí, lo son las de Smith, Hastings o Llobera— que ven en la nación el producto de procesos políticos, económicos, sociales, culturales y simbólicos que se desarrollan en la larga duración, desde el reino medieval a la sociedad contemporánea. Y que la existencia de una amplia identificación con la nación en Portugal es anterior a los siglos xix y xx.

IV

La historiografía portuguesa más relevante sobre la problemática de la nación en Portugal —en la que destacan las obras ya mencionadas de Mattoso y Albuquerque— tiene como dato establecido la existencia de Portugal como «comunidad nacional» imaginada por una minoría desde el fin de la época medieval. A partir de un núcleo letrado, de elite, y mas o menos vinculado al poder, esa percepción de la nación tendría después alcanzado el mundo mas vasto de las llamadas clases populares, en particular el mundo rural. La velocidad e intensidad de esa difusión están en buena medida, por estudiar. Por eso, hay quién, habiendo encontrado pruebas de la existencia de una identificación con la nación en el siglo XIV, piense que esa identificación sólo se volverá algo que engloba a las masas populares a finales del XIX, bajo el influjo de procesos de centralización y unificación cultural, en los cuales el sistema de educación de masas tendría un papel decisivo. Anteriormente, los colectivos de referencia serían sobre todo locales, a pesar de reconocer la existencia de xenofobia, la participación popular en conflictos con —contra— el extranjero y la fuerte participación popular en empresas estrechamente dependientes del estado como la expansión ultramarina (Mattoso, 1998).

El problema del conocimiento de las actitudes y valores de las llamadas clases populares —una designación algo imprecisa, pero que abarca el universo al que pertenecen los destituidos del poder económico y alejados de la cultura escrita— no es tan sólo un problema portugués. En este caso, tiene que ver con el desarrollo incipiente de la historia social y de las ciencias sociales en Portugal, en gran medida debido al régimen dictatorial salazarista. Pero estas disciplinas, incluso conociendo un gran incremento en sus últimas décadas, no se han ocupado de estas problemáticas. En cuanto a la historiografía política la cual, por la necesidad de ser breve, designaremos como tradicional, no se planteaba estas cuestiones, precisamente porque, como se dijo, la existencia de una nación como realidad era un presupuesto, no considerándolo un tema de investigación, excepto en cuanto a la cuestión de los orígenes, la nación en cuanto formación histórica. Por otro lado, como historiografía centrada en los actos que rodeaban a la elite, el problema de las representaciones y de la acción populares no constituían una gran preocupación— también se asumía una identidad entre pueblo y nación, algo común en la doctrina nacionalista.

Por estos motivos, sólo a través de fuentes provenientes de medios letrados, como las narrativas del cronista medieval Fernão

Lopes, o a través de la interpretación de determinados eventos— la participación en motines o conflictos bélicos, por ejemplo— considerados como sintomáticos, podemos en el presente avanzar en el conocimiento de los comportamientos populares. La actitud popular tan difícil de analizar, tendrá, por un lado, que ser buscada por una vía indirecta, que se base forzosamente en la deducción de los posibles efectos de dinámicas que estructuran sus comportamientos. Por otro, en la interpretación de sus actitudes, como surgen en las fuentes de la época. Debemos, también, encontrar nociones pertinentes de lo que puede constituir la identidad nacional— en cuanto identificación con la nación — para esa investigación. Desde ese punto de vista, es importante no partir de caracterizaciones de la nación propias de los medios elitistas inscritos en una cultura letrada, pues esas representaciones no se encuentran en el mundo popular⁸.

Pensemos, antes de nada, en el papel del estado en la formación de comportamientos. El estado desde la época medieval se desarrolla en el sentido de la centralización, a pesar del impacto de esta hasta el siglo XVIII sea francamente cuestionado (Hespanha, 1986). En ese impacto se cuenta el representado por las políticas económicas —como los tratados de comercio definidores de relaciones entre estados— por medidas unificadoras en el campo económico —como la uniformización de los pesos y medidas (Matez, 1998: 395)—, al que se une el impacto de la actividad económica propiamente dicha en la creación e intensificación de relaciones sociales internas al territorio, cuyos efectos no se reducen a la esfera económica. Hay también que ponderar el efecto de medidas de uniformización en el campo jurídico —como la reorganización del aparato judicial, la codificación legal en las ordenanzas reales (ibíd.)— y en el campo militar. A este respecto refiérase que la organización de la población masculina en una milicia —ordenanzas— introducida en el siglo XVI, y teniendo como base el municipio, se mantendrá hasta la implantación del régimen liberal en el siglo XIX. Se cuenta también en ese proceso, el propio fortalecimiento del uso normalizado de la lengua (pero debe decirse que, apesar de las variedades dialectales, Portugal parece haber cons-

⁸ La escritura confiere capacidades específicas de abstracción, orden narrativo y memorización que no se encuentran en culturas dominadas por la oralidad. Por eso no es de esperar encontrar narrativas sobre la nación del tipo de las de los medios letrados —enunciados más o menos sistemáticos sobre la nación, su origen y características, etc.— en el seno de los que no tienen acceso a la escritura, a pesar de que ellos posean representaciones, como las que se encuentran en los estereotipos. En virtud de no haber aquí espacio para tratar de este problema, remito para las obras del antropólogo Jack Goody (1997; 1987), que inspiró estas consideraciones.

tituido un todo lingüísticamente bastante homogéneo en los últimos siglos, sin que las hablas regionales constituyesen una barrera a la comunicación).

Pero sin desvalorizar el problema del mayor o menor impacto del poder central a nivel local, debe tenerse en cuenta el peso continuado en el tiempo de la influencia del estado y el modo como condiciona comportamientos al determinar el campo de posibilidades de acción. Ese papel fue evocado por Bourdieu, para quien «a través de los sistemas de clasificación (de acuerdo con el sexo y la edad, principalmente) que están inscritos en el derecho, en los procedimientos burocráticos, en las estructuras escolares (...) el estado condiciona las estructuras mentales e impone principios de visión y de división comunes, formas de pensamiento (...), contribuyendo de ese modo a la construcción de lo que se llama habitualmente identidad nacional —o, en un lenguaje más tradicional, el carácter nacional» (Bourdieu, 1994: 114-5). Bourdieu está pensando en el papel del estado en la formación del *habitus* (nacional) —matriz orientadora de la acción, resultante de la incorporación no consciente de esquemas de percepción y de clasificación. El concepto de *habitus*, digase de paso, fue también utilizado por Norbert Elias, para intentar comprender una peculiaridad nacional: la de la génesis histórica de la aceptación del nazismo entre los alemanes (Elias, 1996 [1989]). La identidad nacional se formaría, en gran medida de este modo.

El estado poseía símbolos propios, comenzando por la propia persona del rey y por las armas reales, que son las del reino, y hay pruebas de la intensa identificación con los mismos. Además, pensamos que se aplican al caso portugués las consideraciones de un importante historiador de la formación de naciones —y de los elementos protonacionales— en cuanto a la relación entre sentimiento de identidad nacional, o, en sus palabras, sentimiento «de un estado de consciencia común a cuantos se sienten vinculados por un a relación de común pertenencia a un grupo nacional y estado. Como escribe: ese sentimiento debe ser considerado como un elemento constitutivo de la forma política del estado moderno [siglos xv-xvii], de modo que, desprendida ésta de aquél, podrá verse el estado como una abstracción teórica, pero nunca como una realidad histórica». (Maravall, I: 471-472).

La idea de una familiaridad con lo nacional fue muy enfatizada por el psicólogo británico Michael Billig (1997 [1995]). Su análisis hace referencia a las sociedades de nuestros días. Allí detecto como lo nacional se constituye y reproduce en la rutina de lo cotidiano, siendo asumido a través de formas de lenguaje —cuando se emplea el *nosotros* para designar un colectivo del que se presupone su existencia— cuando se lee un periódico, dividido en las secciones nacional e internacional, cuando se escucha un boletín

metereológico también dividida en nacional e internacional, se aplaude una selección, etc. Pienso que su análisis, que insiste en la importancia de lo que designa como *nacionalismo banal* —las formas no espectaculares del mismo— puede aplicarse precisamente a tiempos anteriores, en que la identidad nacional —la pertenencia a un colectivo con determinadas características— se va lentamente sedimentando. En esa sedimentación, se debe tener en cuenta la actividad de las agencias —y de los agentes— de propaganda.

A pesar de haber en el pasado una división entre el mundo de los letrados y el mundo popular mucho mayor que en el presente, ella no impedía en términos absolutos la comunicación. Tal como el mundo popular no era homogéneo, existiendo gente con acceso al mundo de la escritura, el medio de los letrados se componía también de agentes ligados al universo popular. Desempeñaban una función de mediadores o intermediarios, a través de los cuales algo del mundo de la cultura de la elite llegaba a la esfera popular. Con respecto a la propaganda se debe contar con el papel de los oficiales regios, sobre todo de los de estatuto inferior, como el de los ligados a los municipios, y sobre todo, con el del clero —en particular del más humilde— tan influyente en la formación de los comportamientos. Préstese atención a lo que sabemos en cuanto a su papel en la diseminación de una identidad nacional.

Se sabe que la separación religiosa está presente en el enfrentamiento con Castilla en el siglo xiv, enfrentamiento también entre dos obediencias papales: la de Roma (Portugal) y la de Avignon (Castilla). Se sabe que el clero se distinguía en la defensa de una identidad portuguesa durante la monarquía de los Austrias, inclusive en la elaboración de una historiografía mítica de Portugal y de los portugueses (Albuquerque, 1974; Torgal 1981). Por otro lado, debemos pensar en el importantísimo papel del clero rural ejercido por medio de la predicación, patente en la guerra contra la monarquía hispánica en el siglo xvii como en los comienzos del siglo xix en el levantamiento contra los franceses, sin mencionar la propia acción militar de curas y frailes (Marques, 1991a,b). Ese papel parece tanto más indiscutible, en cuanto la Iglesia fue capaz de crear la más amplia de las comunidades imaginadas en Europa, la cristiandad, y cuando se sabe lo organizada que se volvió con la Contrarreforma. Una Iglesia que, a pesar de los conflictos de poder con la autoridad real (portuguesa), operaba en estas circunstancias en consonancia con la misma. Pero no sólo la palabra servía como medio de propaganda. Medios de construcción de una memoria, como rituales y ceremonias conmemorativas (Connerton, 1989), eran también utilizados. Se cuentan entre ellos la procesión que conmemora la batalla de Toro (1476) —que puso fin a las ambiciones del rey portugués Afonso V de una monar-

quía ibérica— y la conmemorativa de la batalla de Aljubarrota (1385) —que liquidó las pretensiones de Juan II de Castilla al trono portugués y todavía celebrada en 1820, según el historiador Francisco Bethencourt. Había todavía las celebraciones relativas a la familia real —bodas, muerte, nacimientos etc.— que como el escribe, a pesar de inscribirse en un cuadro de dependencia entre el señor y sus súbditos «no dejan de «tener dimensiones simbólicas evidentes de representación de la comunidad histórica y de integración de los pueblos bajo la misma tutela» (Bethencourt, 1991: 478).

Veamos ahora la interpretación de los comportamientos populares. El análisis de los conflictos permitió a la historiografía detectar la presencia de fuertes sentimientos xenófobos. En particular, en lo que se refiere al castellano/español, objeto de elaboración de estereotipos, en los que se exaltaba lo nacional frente al extranjero. Pensamos que estos comportamientos, que corresponden al nacionalismo como sentimiento particularista y etnocéntrico referido por Hastings, deben ser considerados centrales en la definición de una identidad nacional. En efecto, la oposición entre nosotros y otros que los mismos revelan es central en la definición de identidades colectivas (Eidenstadt & Giesen, 1995).

La existencia de «otros significantes» (Triandafyllidou, 1998) —en este caso el enemigo ibérico— ha sido también mencionada como una contribución fundamental para la identificación de lo que es propio. Igualmente, es necesario tener en consideración el hecho de haber existido siempre delimitaciones («boundaries») —el elemento esencial en la configuración de identidades étnicas de acuerdo con el antropólogo Frederick Barth (1969)— entre lo que es propio y el extranjero. El reino portugués mantuvo su identidad incluso en el tiempo de la monarquía ibérica y las delimitaciones tuvieron el carácter de una frontera que casi no sufrió modificaciones desde el siglo XIII.

Se puede intentar establecer una síntesis de los procesos complejos de emergencia y consolidación de una identidad nacional portuguesa en algunas fases. Estas tienen lugar en grandes planos temporales, aunque se debe tener en cuenta el hecho de haber superposiciones y articulaciones entre fenómenos específicamente referenciados en cada una de ellas.

a) La primera fase hace referencia a la aparición de una entidad política con características propias —como nombre de la entidad, *Reino de Portugal*, y de los habitantes, portugueses, una dinastía nativa, lengua y territorio— Portugal. Tiene lugar en la época medieval, período en que se detectan las primeras identificaciones con ese colectivo.

b) Elaboración por las elites de narrativas referentes a cada una

de esas entidades —sobre todo a partir del siglo xvi— donde se intentan objetivar características nacionales. Se estudia y codifica la lengua —en la «Gramática» de Fernando de Oliveira, de 1536, inspirada por la codificación de Antonio de Nebrija, por ejemplo —que se exalta. Se divulgan mitos de ascendencia destinados a ilustrar la antigüedad y carácter ilustre del reino o de sus habitantes, como la *Historia de Portugal*, de Fernando de Oliveira (escrita en fecha desconocida, pero posterior a 1581), que retoma la genealogía bíblica y exalta la autonomía de Portugal frente a las historias leonesa y castellana, convirtiéndola en anterior a las mismas y negando la unión histórica entre ambas. Son tópicos frecuentes en otras publicaciones —como la *Monarquía Lusitana, Parte primera*, de Frei Bernardo de Brito (1597)— dominadas por la defensa de lo que es portugués y en confrontación con la producción castellana/española de las mismas características (Albuquerque, 1974; Franco 2000)⁹. Se divulgan estereotipos de carácter, enaltecedores de los portugueses, etc. (Albuquerque, 1975: 217-250); Bethencourt, 1991). Se habla ya en patria o nación para designar esa entidad, aunque el sentido de un término como nación también varíe históricamente: la «invención de tradiciones» acompaña la creación de esas entidades, como la genealogía bíblica de los portugueses, mucho antes de la época considerada clásica del nacionalismo —siglo xix¹⁰. Se da la consolidación de la imagen del estado como nación.

En el proceso complejo de construcción de una identidad nacional portuguesa, se conjugan dimensiones internas¹¹ de clasifi-

⁹ Toda esta producción está dominada por la confrontación con el castellano/español, teniendo como horizonte la unión dinástica entre los reinos ibéricos. A nivel de la producción letrada, el bilingüismo de la elite portuguesa y las fuentes comunes utilizadas —que incluían las *Etimologías* de S. Isidoro de Sevilla, que hacía remontar a Tubal el poblamiento de las Españas— iluminan esta confrontación con el otro —prestigiado— que es también el más próximo. Por ejemplo, se reivindica para Portugal la primacía del establecimiento del nieto de Noé, Tubal, en la península, contra autores (castellano/españoles) que lasituan en España. Véase a este respecto Franco 2000 (incluye el texto de la *Historia de Portugal* de Fernando de Oliveira) y Albuquerque 1974: 271-285.

¹⁰ El papel de las «invenciones» en la creación de las naciones fue muy subrayado por aagellner y Hobsbawm, por ejemplo. Por otro lado, aunque sugiera que el proceso de «invención de tradiciones» —no sólo de las naciones o de los hechos nacionales— se intensifique en épocas de gran transformación, como las existentes en los últimos 200 años, Hobsbawm piensa que tendrán probablemente ocurrido en todos los tiempos históricos. Cfr. Eric Hobsbawm, 1983 (*Introduction*). Sobre el complejo «mítico-simbólico» presente en las identidades étnico/nacionales europeas, principalmente por la fundamentación bíblica de esas identidades a través de la historia del linaje de Noé, y los procesos de «invención», véase Colin Kidd (1999), Jon Juaristi (2000) y Julio Caro Baroja (1992).

¹¹ Véase al respecto del papel interrelacionado de las dimensiones interna y externa en la construcción de identidades, Richard Jenkins (1994).

cación propia con dimensiones externas, o sea auto-definiciones de lo que es ser portugués, por ejemplo, con categorizaciones conflictivas que se interpelan y revelan cómo la formación de una identidad nacional en particular es parte de un proceso más general de formación de naciones.

Más allá de la producción erudita, existen formas de experiencia de una identidad colectiva entre los que no constituyen elite (nobliaria, clerical, letrada, burocrática): los que designamos como «populares». Esas formas de experiencia implicadas en el proceso de identificación, del que hay testimonios a finales del período medieval, incluyen las de la guerra y las de la movilización colectiva (Bloom, 1990: 66-67), identificaciones con símbolos que pueden ser personajes individuales (ibíd., 61) —monarcas, Viriato, Afonso Henriques,...— así como la formación de estereotipos a nivel de la identidad: «nosotros» y «ellos». Son formas constitutivas de lo que, en palabras de Eric Wolf, constituyen las «proposiciones humildes de identidad» (Wolf, 2001 [1954]: 356).

c) Difusión y proposición de las representaciones intelectualizadas de la nación, producidas lógicamente por una minoría. Es un proceso lento, acompañado por fenómenos interrelacionados como el desarrollo del aparato de estado, implicado de modo creciente en la vida de las poblaciones, del sistema educativo, de los medios de comunicación, de la propia unificación económica que tiene lugar con el desarrollo del capitalismo. Estamos igualmente ante procedimientos de construcción de una identidad nacional por el (los) nacionalismo(s), por la vía del discurso, de los rituales conmemorativos, de la conservación de dispositivos nemotécnicos de una determinada memoria —los monumentos nacionales—, etcétera. Es un proceso que se intensifica radicalmente a partir de finales del siglo XIX, en Portugal (Ramos, 1994) como en otros sitios —es la época de la nacionalización de las masas, según Georg L. Moss (1975)—, a pesar de que la divulgación de representaciones eruditas, en un plano mucho más restringido y utilizando otros medios de comunicación y otros agentes, haya comenzado antes. Hay una implicación total del estado, cuya legitimidad es definida —desde el período liberal— como asentada en la nación, en la reproducción de la identidad nacional.

V

Nos queda concluir. Con este breve ensayo, no pretendemos haber descrito la vasta gama de procesos de los que emerge una identidad nacional portuguesa. Ese objetivo exige un análisis histórico detallado de todos ellos que está, en gran medida, por hacer. Somos de la opinión, por otro lado, de que la misma vendrá

a mostrar la pertinencia de la vía aquí indicada y de las propuestas aquí sugeridas que tienen como punto común enfocar la formación de naciones —en el contexto europeo— como consecuencia de dinámicas históricas anteriores a las del triunfo del nacionalismo político en la época contemporánea. Si identificarse como miembro de la comunidad imaginada de la nación —o como miembro de lo que algunos definen como etnia— sería todavía un atributo de una minoría a comienzos del siglo xiv, el análisis histórico revela que se difunde ampliamente en las clases populares en los períodos que siguen inmediatamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBUQUERQUE, Martim de (1974), *A consciencia nacional Portuguesa*, Lisboa, Ed. del autor.
- ANDERSON, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of nationalism*, Londres, Verso.
- AZEVEDO, J. Lucio de (1947 [1918]), *A evolucao do Sebastianismo*, Lisboa, Livraria Classica Editora.
- BAROJA, Julio Caro (1992), *Las falsificaciones en la Historia*, Barcelona, Seix Barral.
- BARTH, Frederick (1969). «Introduction», en F. B. (ed.), *Ethnic Groups and Boundaries*, Londres, George Allen & Unwin.
- BETHENCOURT, Francisco (1991), «A sociogénese do sentimento nacional», en Francisco Bethencourt y Diogo Ramada Curto (orgs.), *A memoria da nao*, Lisboa, Livraria Sá da Costa Editora, págs. 473-503.
- BILLIG, Michael (1997 [1995]), *Banal Nationalism*, Londres, Sage.
- BLOOM, William (1990), *Personal Identity, national Identity and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BOURDIEU, Pierre (1994), *Raisons Pratiques: Sur la théorie de l'action*, París, Éditions du Seuil.
- BRITO, Frei Bernardo de (1973 [1597]), *Monarquía Lusitana, Parte primeira*, Lisboa, Imprensa Nacional-/Casa da Moeda.
- CIDADE, Hernani (1950), *A literatura Autonomista sob os Filipes*, Lisboa, Sá da Costa.
- CATROGA, Fernando (1998), «Positivistas e Republicanos» e «História e Ciências Sociais em Oliveira Martins», en Luís Reis Torgal, José Amado Mendes e Fernando Catroga, *História da História em Portugal (séculos XIX-XX)*, Lisboa, Temas & Debates.
- CONNERTON, Paul (1989), *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ELIAS, Norbert (1996 [1989]), *The Germans*, Cambridge, Polity Press.
- EISENSTADT, Shmuel Noah y GIESEN, Bernhard (1995), «The Construction of Collective Identity», en *Archives Européennes de Sociologie*, XXXVI, 72-102.
- FRANCO, José Eduardo (2000), *O Mito de Portugal: a primeira História de Portugal e a sua função política*, Lisboa, Fundação Maria Manuela e Vasco de Albuquerque d'Orey-Roma Editora.

- GELLNER, Ernest (1983), *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell.
— (1998), *Nationalism*, Londres, Phoenix.
- GOODY, Jack (1977), *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge, Cambridge University Press.
— (1987), *The Interface Between the Written and the Oral*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HASTINGS, Adrian (1997), *The Construction of Nationhood: Ethnicity, Religion and Nationalism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HAYES, Carlton J. H. (1963 [1931]), *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York, The Macmillan Company.
- HERCULANO, Alexandre (1980 [1846]), *História de Portugal*, tomo I, Lisboa, Livraria Bertrand.
- HESPANHA, António M. (1986), *As Vésperas do Leviathan: Instituições e Poder Político, Portugal-Século XVII*, Lisboa, Ed. do Autor.
- HOBBSBAWM, Eric J. y RANGER, Terence (eds.) (1983), *The Invention of Traditions*, Oxford, Oxford University Press.
— (1994 [1990]), *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KANTOROWICZ, Ernest (1984 [1951]), «Mourir pour la patrie (pro patria mori) dans la pensée politique médiévale», en *Mourir pour la patrie*, Paris, PUF.
- LEAL, João (2000), *Etnografias Portuguesas (1870-1970): Cultura Popular e Identidade Nacional*, Lisboa, Publicações Dom Quixote.
- KIDD, Colin (1999), *British Identities before Nationalism. Ethnicity and Nationhood in the Atlantic World (1600-1800)*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JENKINS, Richard (1994), «Rethinking Ethnicity: Identity, Categorization and Power», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 17, núm. 2, 197-223.
- JUARISTI, Jon (2000), *El Bosque Originario*, Madrid, Taurus.
- LAIN, Pedro (1995), *A Economia Portuguesa no Século XIX*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.
- LEOUSSI, Athena S. (ed.) (2001), *Encyclopaedia of Nationalism*, New Brunswick, New Jersey, Transaction Publishers.
- LLOBERA, Josep R. (1994), *The God of Modernity: the Development of Nationalism in Western Europe*, Oxford, Berg.
- LOPES, Fernão (séc. XV [1990]), *Crónica de D. João I*, Livraria Civilização.
- MALTEZ, José Adelino (1998), «O Estado e as Instituições», en João José Alves Dias (coord.), *Portugal: do Renascimento à Crise Dinástica*, vol. V de Joel Serrão e a H. de Oliveira Marques (dir.), *A Nova História de Portugal*, Lisboa, Editorial Presença.
- MANN, Michael (1994), *A Political Theory of Nationalism and its Excesses*, Madrid, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones.
- MARAVALL, José Antonio (1972), *Estado Moderno y Mentalidad Social (Siglos XV a XVII)*, Madrid, Revista de Occidente.
- MARQUES, João Francisco (1991a), «A tutela do sagrado: a protecção natural dos santos padroeiros no período da Restauração», en Francisco Bethencourt e Diogo Ramada Curto (orgs.), *A Memória da Nação*, Lisboa: Livraria Sá da Costa Editora, págs. 267-294.
— (1991b), «Le Clergé de Porto et les invasions françaises: le patriotisme et la résistance régionale», in Centre d'Études Nord du Portugal-Aqui-

- taine (Cenpa), *L'Identité Régionale: l' idée de région dans l' Europe du Sud-Ouest*, Paris, Éditions du CNRS.
- MATOS, Sérgio Campos (1998), *Historiografia e Memória Nacional do Portugal do Século XIX (1846-1898)*, Lisboa, Edições Colibri.
- MATTOSO, José (1985), *Identificação de um País: Ensaio sobre as Origens de Portugal*, vol. II, *Composição*, Lisboa, Estampa.
- (1998), *A Identidade Nacional*, Lisboa, Gradiva.
- MCCRONE, David (1998), *The Sociology of Nationalism*, Londres-Nueva York, Routledge.
- MENESES, D. Luís de, Conde da Ericeira (1679), *História de Portugal Restaurado*, Lisboa, na Oficina de João Galvão.
- MOSS, Georg L. (1975), *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Ithaca-Londres, Cornell University Press.
- NEVES, José Acúrsio das (1810/11; 2.^a ed. s/d), *História Geral da Invasão dos Franceses em Portugal e da Restauração deste Reino*, tomos I a V, Porto, Edições Afrontamento.
- OLIVEIRA, António de (1990), *Poder e Oposição Política em Portugal no Período Filipino (1580-1640)*, Lisboa, Difel.
- ÖZKIRIMLI, Umut (2000), *Theories of Nationalism: a Critical Introduction*, Nueva York, St. Martin's Press.
- PULIDO VALENTE, Vasco (1979), «O povo em armas: a revolta nacional de 1808-1809», *Análise Social*, vol. XV, 57.
- RAMOS, Rui (1994), *A Segunda Fundação (1890-1926)*, vol. VI da *História de Portugal*, dir. por José Mattoso, Lisboa, Círculo de Leitores.
- REYNOLDS, Susan (1997 [1984]), *Kingdoms and Communities in Western Europe 900-1300*, Oxford, Clarendon Press.
- SARAIVA, António José (1993), *As Crónicas de Fernão Lopes*, Lisboa, Gradiva.
- (1965), *Fernão Lopes*, Lisboa, Publicações Europa-América.
- SARAIVA, António José y LOPES, Óscar (s.d.), *História da Literatura Portuguesa*, Porto, Porto Editora.
- SMITH, Anthony D. (1998), *Nationalism and Modernism*, Londres, Routledge.
- (1991), *National Identity*, Londres, Penguin.
- (1999), *Myths and Memories of the Nation*, Oxford, Oxford University Press.
- (2001), «Nationalism», en Athena S. Leoussi (ed.), *Encyclopaedia of Nationalism*, New Brunswick, New Jersey, Transaction Publishers.
- TORGAL, Luís Reis (1981), *Ideologia Política e Teoria do Estado na Restauração*, vols. I e II, Coimbra, Biblioteca Geral da Universidade.
- TRIANDAFYLIDOU, Anna (1998), «National Identity and the «Other», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 21, núm. 4, 593-612.
- WOLF, Eric (2001), *Pathways of Power: Building an Anthropology of the Modern World*, Berkeley, Los Angeles-Londres, University of California Press.

RESUMEN

En este artículo se intentan confrontar dos paradigmas de interpretación de la génesis de las naciones y el nacionalismo: el modernista (Gellner, Hobsbawm, Anderson, Mann) y el que designaremos como «paradigma procesual» (Armstrong, Smith, Llobera, Hastings). Esta confrontación se realizará a través de una reconstitución genealógica de la formación de la identidad nacional portuguesa que se remontará a finales de la época medieval, cuando el Estado portugués se afirma como unidad política en el contexto ibérico. El artículo concluye afirmando la existencia de una identidad portuguesa —aunque problemática— antes de la época clásica de la eclosión del nacionalismo, mostrando la validez del abordaje procesual en el caso portugués.

ABSTRACT

This article attempts to confront two interpretative models on the birth of nations and nationalism: the modernist paradigm (Gellner, Hobsbawm, Anderson, Mann), and the one that may be called «progressive paradigm» (Armstrong, Smith, Llobera, Hastings). The comparison will focus on the formation of Portuguese national identity from the late Middle Ages on. The article concludes by proclaiming the existence of a Portuguese identity —however problematic— prior to the classic age of nationalism, thus validating the progressive approach in the present case.

José Manuel Sobral, licenciado en Historia y doctor en Antropología, es investigador del *Instituto de Ciências Sociais* de la Universidad de Lisboa. Se ha dedicado a investigar la sociedad rural portuguesa —clases sociales, parentesco, religión, política—, la memoria social, las identidades nacionales y el nacionalismo. De entre sus publicaciones recientes destacan los artículos «Da Casa à Nação: Passado, Memória, Identidade» (*Etnográfica*, vol. III (1), 1999), «Family, Power and Property: Ascendancy and Decline of a Rural Elite» (*in* João de Pina-Cabral and Antónia Pedrosa de Lima (eds.), *Elites: Choice, Leadership and Succession*, Oxford, Berg, 2000) y el libro *Trajectos: o Presente e o Passado na Vida de uma Freguesia da Beira* (Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais, 1999).